

OTRA CEBOLLA
DE CRISTAL

BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

Nº 14

OTRA CEBOLLA DE CRISTAL

por

Eduardo Langagne



*F*ICTICIA

MÉXICO
2009

OTRA CEBOLLA DE CRISTAL

D.R. © Eduardo Langagne

D.R. © Universidad Nacional Autónoma de México

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

México, 2009

Universidad Nacional Autónoma de México

Dirección de Literatura

Ciudad Universitaria 04510, México, D.F.

Ficticia Editorial

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la obra: Rodrigo Toledo Crow

Formación de planas: Paulina Ugarte Chelen

Foto del autor. Mónica Villa

Cuidado de la edición: Luis Bernardo Pérez

Consejero editorial: Raúl José Santos Bernard

Sierra Fría 220

Col. Lomas de Chapultepec

Del. Miguel Hidalgo

11000, México DF

www.ficticia.com

libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI

(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Edición: enero de 2009

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo, ni en parte, por ningún medio, sea mecánico, electrónico, magnético, digital o cualquier otro, sin la previa autorización por escrito de los editores.

ISBN: 978-607-7693-02-4

Impreso y hecho en México

I

EL CANDADO

La sesión comenzó un poco tarde. Ya habían llegado los compañeros de música, los de cine, los de teatro y los del taller literario; faltaban solamente los de danza, pero empezamos de todas maneras con el orden del día.

—Compañeros —dijo el responsable de la sesión—, el grupo de música popular tiene una propuesta a la Asamblea: poner candado al cuarto del fondo.

—No podemos iniciar sin los de danza —aclaró uno de cine.

Los de danza eran mujeres en su mayoría, bellísimas y risueñas, aunque se discutía para qué las habían aceptado en la Asociación. Mucho cuerpo y poca cabeza, se dijo una vez ante la furia del ala feminista, la cual apuntó su armamento discursivo de alto calibre al compañero autor de la desafortunada frase. De no haber sido por la mediación de las propias bailarinas, el compañero habría merecido su expulsión definitiva, irrevocable.

—No estoy de acuerdo —interrumpió una compañera de teatro—, podemos empezar porque ya hay quórum.

Después de un largo debate, el responsable de la reunión propuso que el asunto fuera votado:

—Los compañeros que están a favor de iniciar, levanten la mano... doce... Gracias. Los que están en contra...

Tres veces contamos, muy despacio, los votos de los que estaban en contra; como también eran doce, el responsable de la reunión dijo que él, en su calidad de presidente, haría uso del voto de calidad; por lo tanto la reunión era válida y comenzaría de inmediato.

Objetamos. En realidad, las bases de la Asociación contemplaban la posibilidad de que la reunión se invalidara sólo si no estaban presentes por lo menos dos tercios de los asociados. La reunión, argumentamos, era válida sin tener que recurrir a la votación y menos aún al voto de calidad del presidente.

Apenas habíamos decidido iniciar con esa mayoría que los estatutos tenían prevista, cuando llegó el grupo de danza. Sudorosas y alegres comenzaron a ocupar sus lugares.

Yo me acerqué a las recién llegadas y me senté junto a Margarita, obligando a que Laura tomara otra silla y quedara al lado del Camaleón. Ese gesto tan bondadoso bien podía valer una cerveza, así que le hice a mi amigo una seña para confirmarle su deuda.

—Iniciaremos pues —dijo satisfecho el presidente—. ¿Quieres decir algo? —señaló al cantante del grupo de música popular.

—Compañeros —indicó el cantante con su voz clara y bien modulada—, queremos solicitar a la Asamblea la autorización para poner candado al cuarto del fondo.

La casa que la Asociación tenía rentada contaba con ocho recámaras además de la sala, el comedor, la biblioteca, la cocina y dos o tres cuartos que antes sirvieron para alojar al personal de servicio y ahora eran también espacios para cada uno de los grupos.

El presidente preguntó cuál era la razón para poner candado a una de las habitaciones, ¿no había confianza entre

compañeros? Los de cine se dijeron ofendidos porque en esta Asociación no hay rateros y en todo caso más falta hace poner candado al área de cine, que cuenta con equipo más costoso.

Los de teatro argumentaron que cerrar un espacio común iría contra las reglas de la más elemental convivencia. Los de música repusieron que no era un espacio común, ya que quienes más lo utilizaban eran ellos mismos, los de música.

Laura se sentó en el suelo y recargó su brazo en la piedad del Camaleón, que se puso de mil colores. Luego Laura se recostó sobre su propio brazo y su larguísimo pelo cubrió la pierna del, ahora, rojizo Camaleón. Margarita me ofreció una barra de granola. Cogí la granola y la partí en cuatro. Le di una parte a Margarita, otra a Laura, que fingió despertar, y una más al azuloso Camaleón, que la atrapó de un solo lengüetazo.

El presidente habló. Quizá lo que decía era importante, pero no lo escuché. En su tardada perorata comentaba algo que las feministas le impugnaban, los de teatro le impugnaban, los del taller literario le impugnaban, los de cine le impugnaban y a los de música y a las bailarinas les tenía sin cuidado. Laura y Margarita masticaban chicle del lado izquierdo y comían granola del otro lado de la boca, como parte de una coreografía ordenada, plástica y con enorme grado de dificultad. El Camaleón fue estirando la mano con una lentitud que yo observé desde su génesis, hasta que logró posarse suavemente sobre la nuca de Laura. Ella colocó su mano sobre el muslo del Camaleón. Le mostré la escena a Margarita e hice el ademán de tomar una foto en *close up*.

Los de música insistían en poner un candado en el cuarto aquel porque a veces les era indispensable dejar instrumentos o equipo. Margarita bostezó. Yo hice nuevamente

el ademán de tomar una foto y ella colocó las manos detrás de su nuca, como posando, y cruzó la pierna. No había dicho que la falda de Margarita era de mezclilla y además terminaba unos diez centímetros arriba de la rodilla. No puedo explicar mi sentimiento. Margarita, simplemente, cruzó la pierna bronceada, incitante.

A pesar de las constantes interrupciones, la votación para autorizar el candado había avanzado y tuvieron que preguntarme dos veces mi voto.

—De acuerdo —dije, pensando más en los muslos de Margarita que en la pregunta.

Para entonces el verde Camaleón había dicho que sí simultáneamente con Laura, quien ya ahora mordisqueaba traviesamente el pantalón de mi colega a la altura de la rodilla, o más bien unos diez centímetros más arriba. Entonces, con su aprobación, miré nuevamente los muslos de Margarita.

La aceptación del candado estaba resuelta. El presidente pidió entonces que se nombrara, entre el grupo de música, un responsable de la llave.

Discutieron unos veinte minutos entre sí mientras los demás escuchábamos. Las de danza miraban unas transparencias de su más reciente presentación, que pasaban de mano en mano, a excepción de las ágiles manos de Laura, que las dejaba pasar en tanto que, con los ojos cerrados, mordisqueaba el pantalón azul o verde o rojo del cromático Camaleón. Yo invité a Margarita a ser mi modelo en color, y en blanco y negro. Ella aceptó de inmediato y al día siguiente nos veríamos después de su ensayo. Agregué una invitación a comer, y ella me sugirió las ensaladas que están cerca del estudio. Los de música por fin externaron su opinión acerca del responsable de la llave:

“Que todos los del grupo van a tener llave porque a veces alguno tiene que ensayar solo y luego si no encuentra al de la llave pues qué va a hacer y entonces no serviría de nada y todo eso.” La mano del Camaleón ya estaba mime-tizada con el cuello de Laura, y avanzaba lentísima y cálidamente hacia la espalda. Había empezado a introducirla bajo el leotardo oscuro.

Se votó y aceptó que todos los del grupo de música tuvieran llave. Margarita recargó su cabeza en mi hombro. Los de cine recordaron que en ese cuarto guardaban material y propusieron tener también una llave para ellos.

Se votó y aceptó que cada uno de los de cine tuviera una llave. Los argumentos eran los mismos que los del grupo de música.

El multicolor Camaleón ya estaba sentado en el suelo junto a Laura, las manos entrelazadas, es decir: entrelazadas respectivamente la derecha de él con la izquierda de ella, y viceversa (¿o era al contrario?). Sus manos unidas habían adquirido un color tropical y brillante.

Margarita me susurró al oído que tenía sueño y yo le reproché que las bailarinas se durmieran temprano. Los de teatro recordaron a la Asamblea que en el cuarto del candado había unos seguidores y equipo de iluminación diverso y, a veces, intempestivamente, los necesitaban y como no hay otro sitio más seguro en la Asociación, se quedarían en ese cuarto y por lo tanto necesitaban también una llave cada uno de ellos.

Se votó y aceptó que los de teatro tuvieran una llave y yo pensé que mañana me atrevería a sugerirle a Margarita que posara desnuda para probar mi nueva Nikon. El Camaleón, a estas horas, era ya exactamente del color de Laura; Laura, claro, del color del Camaleón. Los del taller literario recordaron que también en ese cuarto del candado

guardaban el archivo del taller. El argumento fue metafórico, perifrástico, pletórico de alegorías donde los lugares comunes fueron hábilmente eludidos para alcanzar el tono conveniente que dotó de gran eficacia a su alocución. Convinciente sí fue, porque se votó y aceptó que los del taller literario tuvieran llave, excepto los nuevos, porque no habían cumplido un mes siquiera. Tras nuevas y demoradas argumentaciones se votó y aceptó otorgarle a los nuevos un voto de confianza para contar también con una llave.

Aprovechando la larguísima sesión, el Camaleón había completado su mimesis con Laura y no se podía saber dónde tenía la cabeza y dónde la lengua. Yo reparé en que, aunque no guardábamos material allí, era injusto no tener llave y quedar excluidos de la posibilidad. Sin énfasis alguno se lo comenté a Margarita, más por hablarle al oído que por argumentar la injusticia. Margarita pidió entonces la palabra y expuso ante la asamblea la necesidad de ser equitativos con los fotógrafos.

Cuarenta minutos después, cuando todos los grupos hubieron expresado su posición reiteradamente, se votó y aceptó que el Camaleón y yo tuviéramos nuestra propia llave del cuarto.

Eran las tres de la mañana, el café se había terminado y daba la impresión que la sesión estaba cumplida.

El cantante entonces, afinadamente, dio un do repentino, levantó la mano y cuando le fue otorgada la palabra, preguntó qué caso tenía comprar el candado y hacer treinta y pico de llaves si todo mundo iba a tener acceso al salón del candado. Sugirió que se evitara hacer ese gasto y se mantuviera la confianza en el buen uso del lugar y el respeto a los objetos, materiales y equipo de todos los miembros de la Asociación.

ÍNDICE

I

EL CANDADO	9
TANTO TIEMPO	17
ÉRAMOS	21
VEINTE AÑOS	25
EL CUMPLEAÑOS DEL GATO	31
ALEJANDRINA	41
ALEJANDRINA <i>REMIXED</i>	45
PRESENTACIÓN	49

II

CEBOLLA DE CRISTAL	53
PISCINA	65
CAMINAR	67
TARJETA ROJA	69
EL NÚMERO NUEVE	73
BEETHOVEN O VIVALDI	75
EL ABUELO RECIO	79
EL HUÉSPED	81

III

EL VOLCÁN	87
LOS REYES MAGOS DEL ORIENTE	105
UN SUÉTER AZUL	107
VIGA	111
LA FLOR AQUELLA	115
SIMPLEZA	117
EL HOMBRE DEL ANDÉN	119
MARÍA DO CARMO	121

«OTRA CEBOLLA DE CRISTAL»

DE EDUARDO LANGAGNE SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN
ENERO 2009 EN LOS TALLERES DE CORPORACIÓN INDUSTRIAL
GRÁFICA S.A. DE C.V. FERNANDO SOLER NO.50, FRACC. MARÍA
CANDELARIA, HUITZILAC, MORELOS, C.P. 62510 MÉXICO
SE TIRARON 1000 EJEMPLARES